

C A P Í T U L O I I

**Donde el autor da un salto hacia atrás de trescientos años,
poco más o menos**

Con poco esfuerzo de la memoria debes de recordar, lector, que en la agonía y muerte del insigne hidalgo D. Quijote de la Mancha se hallaron presentes el cura, la sobrina y el fiel escudero Sancho Panza; que la enfermedad que lo postró en la cama fue una calentura, que en vez de calentar enfrió para siempre, como entonces se creyó, el aporreado cuerpo del valiente manchego, que asombró al mundo con sus hechos, siendo en todo tiempo, lugar y ocasión, socorro de necesitados, amparo de viudas, escudo de doncellas, reparo de entuertos y espanto de malhechores. Asimismo recordarás cómo el ingenioso hidalgo, durante su enfermedad, durmió de un solo tirón seis horas largas y despertó sano de juicio, abominando los libros de caballerías y todos sus grandísimos disparates; que después de esto se confesó, comulgó, recibió la santa extremaunción e hizo testamento; y que en los tres días que precedieron a su cristiana muerte, entró en un delirio que daba lástima verlo. Pero en llegando al caso extremo de su fallecimiento, y a las lágrimas de los circunstantes, alza la pluma el discreto Cervantes y no dice más nada, de suerte que la posteridad ignora los sucesos siguientes, y el lugar a donde fue a parar el cuerpo de D. Quijote, no menos que el fin de Sancho Panza.

Todas estas cosas y otras más que adelante se dirán, las dejó escritas Cide Hamete en un apéndice a sus memorias, que no llegó en tiempo oportuno a manos de Cervantes, porque fue hallado después de publicada la segunda y última parte de su libro.

Por el texto de este apéndice se sabe que a la nueva de la muerte de D. Quijote, acudió mucha gente de los contornos para asistir a su enterramiento, el cual se hizo con gran pompa y séquito de muchos hidalgos y personas de toda clase. En el cementerio se quitaron los ropones a la caja mortuoria y se abrió ésta por última vez, de orden del cura, para que todos se cerciorasen de que estaba muerto y bien muerto, como antes había sido declarado por el escribano público, a fin de prevenir en lo futuro plagios o suplantaciones. ¡Vana precaución!

Hallábase entre los presentes un doncel desconocido que procedía de África, según se supo, el cual era de noble y gallardo continente y vestía ropas muy finas y elegantes, por lo que mostraba a las claras ser persona de buen linaje, rica y de esmerada educación. No bien hubo visto el rostro cadavérico del famoso caballero, cuando dijo en alta voz para que todos lo oyesen:

—Tengo para mí, señores, que D. Quijote no está muerto sino privado del sentido, y que no es razón enterrarle sin que antes se compruebe y ratifique su muerte por señales más evidentes, no sea que el mundo os haga cargo por la precipitación con que vais a meterle en la sepultura, si por uno de tantos desgraciados errores, resultare que al exhumar sus huesos para trasladarlos a alguna basílica o mausoleo, se notase que no estaban en la posición y compostura que debían tener, sino encogidos y trastornados por las horribles contorsiones que habría de hacer si volviese en sí después de enterrado.

Viva impresión causó en los oyentes el discurso del joven, por ser en realidad cosa muy terrible y de innegable posibilidad enterrar por muerto al que está vivo. Al punto se representaron en la imaginación de cada cual las ocultas y desesperantes contorsiones de tan atroz suplicio, menos en Sancho, apocado y miedoso como el que más, pero más sensible que ningún otro cuando se le tocaba por el lado de su personal provecho, de suerte que no pudo contener en su ánimo otro muy distinto temor, cual fue el considerar que resucitase su amo y de hecho quedase malograda la manda que le había dejado en el testamento.

—De mi parte —dijo Sancho— creo y lo afirmo por cierto y verdadero que este difunto no tiene ni medio pelo de vida. Yo que con él viví y con él anduve largo tiempo, acompañándole y sirviéndole en todas las ocasiones de

a pie y de a caballo, así en la guerra como en la paz, y tanto en el estado de salud como en los trances desastrados, cuando fue molido y aplastado, más que el trigo entre las piedras, por los enemigos y envidiosos de su fama, hasta dejarle muchas veces por muerto en la mitad del campo; yo, señor desconocido, como quiera que os llaméis, digo y juro que mi amo y señor D. Quijote está muerto y bien muerto desde la coronilla hasta los pies, y que no se moverá ya más sino cuando el Padre Eterno nos llame a todos al juicio final.

—Ni por el lugar en que nos hallamos, ni por el decoro y respeto de las personas aquí reunidas es propio que os replique, amigo Sancho, en los términos que debiera. Por sí o por no, señores, lo más cuerdo sería que el enterramiento se aplazase para mañana, y que esta noche se velase aquí mismo el cuerpo de D. Quijote, para lo cual yo me ofrezco a hacerlo con los demás que quieran acompañarme.

El médico y el escribano, picados en el honor de su oficio, no recibieron tampoco muy bien la duda sobre la muerte de D. Quijote, muerte que habían certificado en documento público. Estas disidencias alborotaron la comitiva y la dividieron en opiniones, pero prevaleció al cabo la idea del joven, puesto que absolutamente nada se perdía con el aplazamiento. Allí mismo quedó convenido el modo en que debía de hacerse la vela, y se eligieron las personas que debían asistir en el cementerio aquella noche, que fueron, a más del desconocido, tres o cuatro vecinos, servidores muy leales de la casa de D. Quijote, que sinceramente lloraban su muerte.

A la hora de elegirlos, el cura buscó a Sancho, que por su oficio de escudero estaba más obligado que cualquiera otro a servir y acompañar a D. Quijote hasta el último momento, pero el bueno de Sancho, viendo el estado del asunto, y adelantándose en pensar para sus adentros lo mismo que pensó el cura, se apartó de la comitiva y se volvió a la casa mortuoria, so pretexto de avisar a la sobrina de su amo lo que pasaba en el cementerio con el cuerpo del tío, de lo cual se alegró en el alma la cristiana doncella, y con lágrimas en los ojos rogó a Dios que tal sospecha de vida tomase cuerpo de verdad, a pesar de su condición de universal heredera del ingenioso hidalgo, con lo cual probó candorosamente a los ojos de Sancho que en la balanza del verdadero cariño no tienen jamás cabida el interés ni la codicia.

Al toque de oraciones, acudieron al cementerio el desconocido y los

vecinos que debían hacer la vela. Eran estos unos sencillos labradores, en quienes toma mayor fuerza el miedo natural que infunden los muertos, y con doble motivo en la propia mansión de ellos, lugar solitario y fúnebre que no se visita de ordinario sino a la clara luz del día. Al verse, pues, solos y de noche, metidos entre los muertos y con un cadáver a la vista, sintieron que les corría por todo el cuerpo el escalofrío del miedo, a tiempo que el gallardo doncel mostraba, por el contrario, una serenidad y valor de todo punto admirables.

La puerta del cementerio quedaba cerca del atrio del templo, lo que aprovechó el desconocido para decir a sus compañeros, ya tarde de la noche, que bien podían salir a dicho atrio a comer y beber lo que llevasen prevenido, porque no era el recinto del cementerio lugar muy apropiado para estimular el apetito ni holgarse con entera libertad en la satisfacción del estómago, invitación que aceptaron con tanto mayor gusto cuanto sin ella pensaban salirse con el mismo pretexto, por lo que les vino la sopa a la miel; y tomando una de las linternas que tenían encendidas se fueron para el atrio con los bastimentos de boca necesarios. No quiso seguirlos el joven, quien les dijo que él solo haría la vela mientras ellos cenaban, valentía de ánimo que sorprendió no poco a los cándidos vecinos.

Si en vida y salud era D. Quijote, como es sabido, enjuto y apergaminado fuera de toda ponderación, muy digno del nombre con que él mismo quiso bautizarse, apellidándose Caballero de la Triste Figura, ¿qué tal no estaría después de su enfermedad, amortajado dentro del ataúd? La nariz afilada como un cuchillo, los ojos cavernosos, los carrillos profundamente chupados, la cara, en fin, desde la raíz del pelo hasta la punta de la barba, desencajada y larguísima, de media legua de andadura, como la calificó Cervantes. Con razón, pues, estaban sobrecogidos y aterrorizados los pobres labriegos, que jamás en sus años de vida habían pasado noche más ingrata, en fuerza del puntillo de honor, que no por otra causa aceptaron el oficio de veladores en presencia de la mucha gente que había en las exequias.

A la mitad de la cena irían, agrupados y silenciosos sobre las frías baldosas del atrio, en torno de la linterna, cuando vieron que por la puerta del cementerio, que les quedaba a media cuadra de distancia, salía una extraña claridad que rompía las tinieblas por aquella parte, y seguidamente vieron

salir cuatro figuras de penitentes, con ropones blancos que les caían hasta el suelo y con gruesos cirios encendidos en las manos. En medio de ellos iba un caballero armado, en quien reconocieron al punto a D. Quijote sobre Rocinante. Caminaba pausadamente y en sepulcral silencio entre los cuatro fantasmas que lo escoltaban, dos adelante y dos atrás; y en este orden fueron alejándose hasta desaparecer por una de las salidas del pueblo, y quedar otra vez todo envuelto en la más completa oscuridad.

No es para dicho el terror que sobrevino a los labriegos con tal aparición, al grado de que no pudieron tragar el bocado que cada cual tenía entre los carrillos. Por largo rato se estuvieron en silencio, apretados unos contra otros, sin saber qué decir ni mucho menos qué hacer en caso tan medroso y extraordinario. Lo más acertado era volverse al cementerio y averiguar con el desconocido lo que hubiera visto y lo que pensase hacer, pero el miedo y la locura se dan la mano en los desaciertos. Antes que moverse un palmo de donde estaban, esperaron a que el valiente joven viniese a llamarlos, convencidos de que aquello era la prueba más evidente de que D. Quijote era alma del purgatorio, que ya empezaba a desandar en compañía de otras almas necesitadas.

En esta creencia, fue de parecer el más viejo que rezasen un rosario y otras oraciones por el alivio y descanso del celeberrimo hidalgo, piadosa ocupación en que dejaron correr las horas hasta la madrugada, en la cual, viendo que no salía el joven, tomaron la resolución de asomarse a la puerta del cementerio, como lo hicieron, temblando como unos azogados, para llamarlo desde allí por si se hubiere quedado dormido. Diéronle recias y repetidas voces, y no contestó; miraron hacia adentro, y todo estaba en tinieblas, con lo que acreció su espanto de tal modo que optaron por irse sin más espera a la casa del sepulturero, que no distaba mucho, a informarle de lo ocurrido con todos sus pelos y señales.

El sepulturero los oyó con gran sorpresa y salió para la casa del cura a noticiarlo de tamaña novedad. El cura quedó no menos sorprendido, y salió también a la calle en busca del Br. Sansón Carrasco, y de paso tocó con el alcalde y el escribano; y todos juntos caminaron hacia el cementerio, a donde llegaron cuando ya clareaba el alba. Del desconocido no había rastro alguno, y de D. Quijote, sólo quedaban la urna vacía y los candeleros donde

habían estado los cirios. Se mandó en el acto a la casa del hidalgo a averiguar lo que supiesen, y de esta averiguación se puso en limpio que Rocinante y los arneses de D. Quijote, también habían desaparecido.

Sorpresa, confusión y miedo, todo ello produjo en el lugar la divulgación del suceso, que dio rienda suelta a los comentarios, los cuales vienen a ser tanto más contradictorios y fuera de quicio cuanto mayor es la oscuridad del hecho que los motiva. Los más ligeros de imaginación llegaron a suponer que el joven desconocido fuese el diablo en persona, o algún sabio encantador de los muchos que había invocado D. Quijote durante el singular proceso de su caballería andante.